

tualidad siria y chilena, en un anhelo generoso de fusión espiritual, que es un prelude de la colaboración inteligente de todos los pueblos progresistas, movimiento que tomará intenso desarrollo en la post-guerra.



<https://doi.org/10.29393/At231-134NGLM10134>

NORTE GRANDE, por *Andrés Sabella*. Editorial Orbe, 1944.

Este libro de Andrés Sabella ha provocado comentarios opuestos: unos de la crítica oficial, otros de los escritores jóvenes que se identifican con el esfuerzo de Andrés Sabella de laborar una novela nueva. Esta suma de críticas en pro y en contra ha traído un gran beneficio al libro, que se traduce en su discusión y en el progresivo aumento de sus lectores. Resulta curioso que una obra no se imponga si no es insultada, empequeñecida, glosada con envidia y resquemor. Hay otros sucesos que perjudican todavía más al artista y ellos se refieren al silencio frío, implacable, a la falta de demanda por sus trabajos, factores que con toda razón lo impulsan a dudar de sí mismo. Sin embargo, un elogio continuado, a través de toda una vida literaria no convence al público, aunque tras dichas zalamerías exista una auténtica calidad; después los eruditos se encuentran con autores desvanecidos en cuya neutralidad ha influido el éxito constante. Pues bien, en este aspecto, que no puede ser el más importante entre los problemas de un creador, ya que él es árbitro único en la exigencia de su obra y en nuestros recuerdos vive la falta de prisa por la celebridad de algunos autores, es honrado que meditemos en cuanto interesa a algunos artistas el dominio de la realidad social, y el orgullo incomparable que significa amasarla en el fuego de la propia creación. Así, Andrés Sabella ha debido sufrir con las incomprensiones de su obra y sentirse restaurado por quienes no han hecho economías de los elogios, amigos, compañeros y admiradores.

Nosotros, al leer su «Norte Grande» hemos recordado al «Señor de Phocas» de Lorrain. Hay aquí como allá, el brillo del puro esfuerzo intelectual. Estas obras que no carecen de méritos extraordinarios: distraen, interesan, se hacen admirar, pero dejan con sed las inquietudes de nuestra emoción. No sucede lo mismo cuando se lee a los chilenos Edwards Bello, Baldomero Lillo, Luis Durand, Nicomedes Guzmán. Por las obras de éstos la sangre corre y ofusca al lector, los hedores asfixian, las injusticias crean partidarios. Sabella, por el contrario, ha trazado una obra original, su forma es magnífica, elegante, propia, hay escenas que se alzan esplendorosas del papel con esbeltez estatuaria, pero el esfuerzo voluntarioso vence al talento y el lector descubre la génesis de la obra, esto es, que se han querido llenar muchas carillas con un tema cuyo recuerdo fustiga el espíritu y lo ha convencido que un canto al Norte de Chile hace inmortal. Bueno, a Lorrain no le sucedió lo mismo con su «Señor de Phocas» pero es probable que nadie se aprecie de conocer la literatura francesa y los juegos de su vieja cultura sin haber leído esos pigmentados y transparentes malabarrismos de sueño y gracia, de blasfemia e impotente tapicería. Nosotros nos quedamos con Montaigne, con Balzac, con Julien Green, con el propio Marcel Proust. No caeremos en la ingenuidad de recomendar a Sabella que suprima esto y agregue aquello, ni afirmaremos que su obra actual es el esbozo de una gran novela que logrará en el futuro. Su obra, tal como está, es un esfuerzo original en Chile, marca hasta dónde puede llegar la nueva generación de escritores, con sus propias armas, en el desentrañamiento de los grandes temas chilenos, todavía inexplorados y anuncia un porvenir grandioso. Nuestros viejos artesanos literarios deben admirar la maestría como Sabella corta sus escenas, cómo hace el cuento y el poema, con una trascendencia literaria inolvidable, sin desperdiciar sus metáforas de lo real y de lo suprarreal, sorpresiva riqueza que algunos artistas descubren y exaltan.—LUIS MERINO REYES.